

## CONDICIONES.

Este periódico se publica todos los días, excepto los lunes, á las siete de la mañana.  
 Suscripción en la capital \$2 00 al mes.  
 Fuera de la capital..... 2 50, „ „  
 Los números sueltos valen 12 cs.

## DESPACHO.

Calle de la Independencia, etra B, frente á la Casa de Diligencias.

PERIODICO DE POLITICA, LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA Y MEJORAS MATERIALES.

Director, Propietario y Responsable, Anselmo de la Portilla.

## PUNTOS DE SUSCRICION.

Despacho de la IBERIA.  
 Librería Madrileña, portal del Aguila de Oro.  
 Antigua Librería del portal de Agustinos.  
 Despacho de la imprenta donde se publica.

## AVISOS.

Dirigirse al Despacho de la IBERIA, y á la Agencia general, Hotel de Iturbide, número 75.

## CALENDARIO.

## ABRIL.

Juésves 10.—\$ N. R.—(Santo.) San Apolonio y San Pompeyo mártires y San Ezequiel profeta.—Absolución papal y consagración de los Santos Oleos en Catedral.  
 Viérnes 11.—\$ N. R.—(Santo.) Nuestra Señora de la Soledad, San Leon Magno Papa y San Eustorgio presbítero.—Á las doce del día comienza el ejercicio de las Agonías en las iglesias de Santa Teresa la Antigua, San Felipe Neri, en el Santuario de los Angeles y en otras iglesias.—(P.)  
 Sábado 12.—\$ (De Gloria.) San Julio Papa.

En atención á la solemnidad de estos días no se publicará la Iberia el Viérnes Santo ni el Sábado de Gloria. Nos despedimos pues de nuestros lectores hasta el Domingo de Pascua.

## Vida de Lord Byron

POR

EMILIO CASTELAR.

Magnífica edicion de la PROPAGANDA LITERARIA de la Habana.

Un tomo á la rústica con el retrato de Lord Byron.

Véndese á \$1 50 cs. en los puntos siguientes:

Despacho de la Iberia. Librería Madrileña, Portal del Aguila de Oro. Imprenta del Comercio, calle de Cordobanes. Almacén "Ediciones de Lujo," de D. José Astort y Ca, 1ª calle de San Francisco, núm. 12.

## LA MUERTE DE JESUS.

I.

CONSUMATUM EST.

Un hombre de agraciado rostro y dulcísima mirada, de blonda rubia cabellera, de despejada frente y risueños labios, de continente grave y reposado ademan penetra por una de las puertas-fortalezas de Jerusalem, en un día de júbilo inefable para los descendientes de la tribu de Judá.

Los hebreos en masa se precipitan á su encuentro, y apenas la humilde cabalgadura que le conduce se abre paso por entre las apiñadas y densas oleadas que el pueblo forma en calles y plazas para contemplar al Profeta.

Sobre la frente del aclamado, en la mirada del bendecido hay una nube de dolor inmenso, existe un fondo de amargura infinita que ni disipan ni borran los vivos de las muchedumbres, el entusiasmo de los que hacen de sus vestiduras alfombras para que las pise la hacanea que al triunfador conduce, el respeto con que los ancianos doblan la cabeza al paso del Profeta, la ternura con que las mujeres bendicen al Maestro, el afán con

que los jóvenes alfombran el suelo de las calles que recorre.

Dolor del predestinado, amargura del genio que contempla al pueblo accesible á todas las reformas, preparado á todas las grandes ideas, dispuesto á todo hecho heroico, pero siempre niño, siempre tierno y caprichoso, generoso y voluble, grande y ciego, adorando la verdad y cayendo en el error, amando el bien y haciendo mal, aclamando la libertad y forjando los eslabones de los grillos de su tiranía.

Apena su corazón, cuyas lágrimas están prontas á condensarse, oscureciendo sus brillantes pupilas, el ver la Jerusalem de los palacios, la fortificada ciudad cuyo templo es una maravilla de riqueza oriental, cómo se desmoronará pronto, cómo será entregada á saco, cómo será entrada á sangre y fuego, y el Area de la Alianza desaparecerá, y el templo será derruido para no edificarse jamás, y de la ciudad creyente, muy pronto la ciudad maldita, no quedará piedra sobre piedra.

Porque detrás de aquel pueblo que tantas veces le oído en la Sinagoga y en la plaza, en la casa y en el campo, detrás y en medio de aquellas muchedumbres que aclaman bendito al hijo de David, al descendiente de estirpe régia, al Salomón moderno, están los intrigantes que le seducen, los malvados que le corrompen, los fanáticos que le engañan, esto es, los fariseos hipócritas, los saduceos escudados con su puritanismo observante fingido, los esenios contemporizadores, los doctores de la ley hinchados por la vanidad, el pontífice y el sacerdocio atentos á sus lucros y posición.

Por eso el triunfo de aquel guerrero de la idea, de aquel enemigo de la fuerza inconsciente, de aquel predicador de una doctrina toda amor y entusiasmo, toda caridad y abnegación, es el prólogo de un drama sangriento, es la primera página del infinito libro de las amarguras de los grandes predestinados en la vía dolorosa de las edades.

Por eso el bendecido medita, y al meditar siente, y al sentir acaso llora.

¿Y quién es ese hombre?

Descendiente de reyes, es un humilde hijo del pueblo, es la glorificación del proletario, es el albor de las generaciones que se atropellan por salir de los limbo de las edades, para iluminarse en los horizontes del porvenir, entre torrentes de luz y de armonías, en nombre del amor que vivifica, para salvar la humanidad del odio que asesina y degrada.

Hijo de un pobre carpintero, destello misterioso de una mujer virgen, ha emigrado muy niño de la aldea asiática á la africana tierra.

Nacido en un pesebre, ha vivido en tierra extraña, nutriendose en la desgracia del acervo pan de la tribulación, bebiendo sus lágrimas, sollozando al dormir, suspirando al despertar.

Su vida es un misterio, es una vocación, es el grito de la conciencia de centenares de siglos que se agitan en la inmensa tumba que guarda el sueño de los confusos destellos de la humanidad que pensó en las nieblas de una incertidumbre que juzgó perpetua.

¿Cuáles han sido sus amores?

¿Quién la mujer que consiguió su cariño? Ninguna, porque sus ojos jamás se posaron sobre ninguna criatura á quien amase sola.

Ilusiones ternísimas, cariños apasionados, éxtasis de adoración, delicias de un afecto purísimo, quejas de amor, celos del bien ausente, embriaguez del sentimiento por la mujer idolatrada, nada de esto conoció aquel hombre, nada de esto inundó de la poesía del amoroso recuerdo su corazón gigante.

¿Acaso no supo sentir?

¿Acaso su corazón fué de mármol, su alma de granito?

No, no blasfeméis, no digáis eso.

Amó más que á una criatura, amó bastante más que á una mujer, amó inmensamente más que á una familia, amó á su idea, porque su idea fué el alma-humanidad, porque su delirio santo fué el porvenir de esa humanidad.

Desdoblamos algunas páginas de su vida y leamos.

Muy niño, se pierde en una gran ceremonia religiosa; búscame desolados sus afligidos padres, y le encuentran disputando con los doctores en el templo.

Un día, una mujer admirada al contemplarle tan hermoso, le dice:—«Bienaventurado el vientre que ocupaste y los pechos que te mantuvieron.»

Entonces el hombre se vuelve, y cariñoso y dulce contesta:—«Dí mejor, bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la cumplen.»

El pueblo jamás le abandona y á todas partes le sigue, porque de sus labios manan palabras de vida eterna.

—«Maestro, le dice un curioso, ¿qué haré yo para salvarme?»

—«Guarda los Mandamientos»,—le contesta.

Escandalizados los judíos de su tolerancia, le presentan á una mujer adúltera para que pronuncie la sentencia de la lapidación.

El Hijo del Hombre se inclina hasta el suelo y con el índice de su mano derecha traza ciertos signos en el pavimento; acabada su tarea, vuélvese á los acusadores y les dice:—«El que de vosotros esté sin pecado, tire la primera piedra.»

Los miserables se retiran poco á poco, y cuando la pobre mujer queda sola, Jesús se vuelve hacia ella, y con acento de profunda conmiseración le dice:—«Vete en paz.»

Sus discípulos en cierta ocasión le rodean, rechazando á algunos niños que se acercan; Jesús lo ve y les dice:—«Dejad que vengan á mí los niños.»

No falta quien le pregunte, quién será el mayor en el reino de los cielos, á lo que el Cristo contesta:—«El que se haga más pequeño»—condenación explícita de la vanidad, fundada en la barbarie del mundo antiguo.

Enseñando un día, se le acercan dos necios, y mostrándole una moneda romana quieren sorprenderle preguntándole:—«¿Deberemos pagar tributo al César?»—argucia grosera que el Divino Maestro deshace, contestando con las inmortales palabras que anatematizan toda mistificación, toda hipocresía:—«Dad á Dios lo que es de Dios, al César lo que es del César.»

Los judíos, ciegos ante el cumplimiento de las profecías, sueñan con un Mesías poderoso y grande, nuevo Nabucodonosor, nuevo Artajerjes que les conquiste el mundo, que los enriquezca y haga poderosos; por eso aborrecen á los débiles y á los pequeños, por eso se olvidan de los humildes, por eso las clases privilegiadas de entonces espían á Jesús.

Porque Jesús ha dicho:—«El que se ensalza será humillado; el que se humilla será ensalzado.»

Porque el Divino Maestro ha predicado: «Bienaventurados los pobres de espíritu;» «bienaventurados los que lloran;» «bienaventurados los que han hambre y sed de justicia;» «amad á vuestros enemigos;» «haced bien á los que os aborrecen.»

Y como si esto no bastara, fatigado por el cansancio en un viaje, ha bebido en la vasija que llevaba la Samaritana; ha conversado familiarmente con publicanos, ha escogido sus discípulos entre pescadores, proletarios y gente humilde, para ennoblecér á la mujer, santificar á la madre, ben-

decir á la familia y unir al hombre con el hombre por la fraternidad santísima de un cariño puro, inmenso, celestial, divino.

¿Hay un dolor que mitigar, una tristeza que sufrir, una desgracia que evitar?

Allí está el Nazareno.

A su voz Lázaro se levanta de su cripta; á su contacto la mujer que padece de flujos, se cura; á su orden el mudo de nacimiento habla; por su voluntad, las vasijas que la pobre misericordiosa viuda llena de agua, las ve rebosando aceite.

María Magdalena vive la vida de la disipación, aspira la atmósfera asfixiante de la orgía, bebe el ponzoñoso néctar del placer grosero, cambia el amor del alma, que es oro sin liga, por el amor del cuerpo, que es cieno infecto.

María Magdalena ve á Jesús.

Su alma sufre una conmoción inexplicable; el rubor de la pérdida virginidad tiñe sus mejillas; ilusiones desconocidas invaden su corazón, que palpita trémulo de emoción y tristeza inmensa.

En los ojos del Cristo ha leído la condenación de una vida de crápula, vergüenza y mancilla; cae de hinojos, llora desolada, y al contemplar por entre raudales de llanto que empañan su mirada, la faz augusta del inmortal legislador, encéntrase redimida, y llena de esperanza sigue un tiempo al Hijo del Hombre para vivir después entre los horrores de una penitencia increíble, expiando los livianos errores de una aturdida juventud.

Duerme la hermosa hija de Jairo el postrero sueño; acérese al fúnebre monumento Jesús, y la niña rompe dulcemente las ligaduras de su mortaja y abraza llena de amoroso encanto, de nuevo tornada á la vida, á su asombrada familia.

Así son sus obras.

Veamos sus palabras.

Conciso y poético, sabio y tolerante, amoroso y dulce, conoce el carácter de los pueblos orientales y habla á las muchedumbres que le siguen, como desean ser enseñadas, por medio de figuras, merced á hipérbolos y comparaciones.

Unas doncellas locas y fátuas, en vez de esperar al esposo con las lámparas encendidas, se entretienen y distraen en devaneos ridículos; el tiempo pasa, el combustible se agota, la luz se apaga, llega el esposo, y las que prudentes han sabido esperar con la antorcha viva, merecen sentarse al lado del esposo, siendo despedidas las necias, que gritan á las previsoras:—«¡Dadnos de vuestro aceite que nuestras lámparas se apaguen.»

Un pastor tiene cien ovejas; una se extravía; abandona las noventa y nueve, busca la centésima, la acomoda sobre sus hombros y la conduce al redil gozoso.

Al explicar Jesús esta parábola, dice á sus oyentes: «En verdad os digo que más alegría recibe mi Padre celestial por cada pecador que se convierte que por cien justos que se salven.»

La narración del hijo pródigo, el trigo y la zizaña, la de los jornaleros, son imágenes fieles del espíritu de amor, del cariño inmenso que por la humanidad sentía el Gran Predestinado, que en las bodas de Caná como en casa de Simón el leproso, en el templo como en el campo, en la familia como ante las muchedumbres, vino á establecer la igualdad por el amor, la fraternidad por la justicia, la libertad por la tolerancia, y la dulzura de la atracción en nombre de la universal familia humana.

Siempre benigno y afable en Jerusalem como en el desierto, andando sobre las irritadas aguas del mar de Tiberiades como explicando á sus discípulos bajo los añosos cedros, nunca pierde su gravedad, jamás se irrita, hasta que ve el átrio del templo convertido en centro de contratación, en cuyo momento toma un látigo, arroja á los mercaderes del sagrado recinto y los apostrofa diciéndole:—«La casa de mi Padre es casa de oración, y

vosotros la habeis convertido en cueva de ladrones.»—Anatema lanzado contra todos los miserables que haciendo de la religión un objeto de granjería, comercian con la devoción, explotan el sentimiento religioso para sus fines y por sus provechos, y niegan á Dios por un puñado de oro ó un poco de vanidad.

Así obró, así habló el Hijo de José y de María, el perseguido por Hierodes, el Profeta á quien con palmas y ramos recibían en Jerusalem las turbas un día, el fundador inmortal de una religión dulcísima y cariñosa, momentos antes de que las congojas del cuerpo anublasen la inmensidad de su predestinado espíritu valiente.

La ovación está cerea de la bafa.

El triunfo avanza al sacrificio.

Los ancianos y los doctores de la ley, el sacerdocio y el pontificado de Israel se contemplan perdidos.

La sinagoga ha enmudecido.

El pueblo desprecia á los fariseos y se aparta de los saduceos y los esenios, con hastío.

Se acerca la Pascua.

Es preciso sacrificar una víctima, es necesario inmolarse un cordero.

La ocasión es propicia: el justo está en el recinto de la ciudad; hay que sacrificarle.

Pontífice, sacerdotes, ancianos y disidentes, se reúnen y conspiran para perder al Hijo del Hombre.

La violencia sería de mal efecto.

La traición es un gran auxiliar.

Doce son los íntimos de Jesús, y uno se deja seducir.

Judas Iscariote se entiendo con los sedientos de sangre, y el drama empieza.

## II.

Aproximábase el día de la fiesta de los ázimos, ó sea la Pascua, momento crítico para los escribas, fariseos y príncipes de los sacerdotes, deseosos de deshacerse de Jesús, cuanto temerosos del pueblo que amaba al Nazareno Profeta.

Judas Iscariote, tesorero del apostolado, envidioso y miserable, celoso del amor del Cristo á los Apóstoles, se presentó á los enemigos del Justo, á quienes prometió entregarle, recibiendo en cambio treinta monedas de plata, infame precio de su villana acción.

Reunido el apostolado en el famoso cenáculo, presidido por Jesús, ceñida la cintura y como en actitud de marchar, comieron el cordero sin romper sus huesos, y tomaron los amargos panes en medio del mayor silencio.

Terminada la ceremonia, el Hijo del Hombre tomó un pan, le bendijo y partió, diciendo á sus discípulos: «Tomad y comed, este es mi cuerpo;» del mismo modo, acabada la cena, el Hijo de María tomó el cáliz con el vino, y bendiciéndole se dirigió á sus amados diciéndoles: «Tomad y bebed de él todos; esta es mi sangre.»

Acabado el místico banquete, el Nazareno Redentor hizo su testamento ante Juan, su discípulo amado, ante Pedro y Bernabé, ante Tomás y Mateo, ante Lucas y Marcos, ante sus elegidos en fin.

Momento de gran solemnidad, periodo crítico para el mundo, hora suprema para las generaciones que fueron, para las generaciones que habían de venir, prólogo de un martirio, epílogo de la tiranía de la fuerza en nombre de la redención por el derecho; sus instantes, como granos de arena que apenas se divisan, cayeron lentos y misteriosos en la ampolla del tiempo, marcando la gran efeméride de las edades.

En esos instantes Jesús se presentó á sus asombrados comensales más grande que Moisés, más profeta que todos los profetas, más patriarca que todos los patriarcas: alma gigante en su predesti-